

ALMA DE GUERRERO. BREVE PRESENTACIÓN Y LIBRE
COMENTARIO A *VOLUNTAD II. VOLUNTAD COLECTIVA Y
MÁS ALLÁ DEL SER HUMANO*, DE MARTÍN LÓPEZ
CORREDOIRA¹

José Domingo Vilaplana Guerrero
Huelva

Resumen: La identificación y crítica de los muchos ámbitos en los que se aprecia la decadencia y perversión de las sociedades occidentalizadas en la actualidad es una tarea urgente y necesaria de la filosofía. Siempre lo fue, desde su origen griego, y hoy no menos que nunca. Pero el autor, más allá de la crítica valiente y lúcida, propone una salida filosófica a esa decadencia basada en “la fuerza heroica de la voluntad”. A presentar esa propuesta filosófica y a discutir, sólo de manera sumaria, algunos de sus aspectos más relevantes está dedicado este breve comentario. Además de recomendar tan viva como sinceramente la lectura de esta obra inteligente y audaz.

Palabras clave: Voluntad, héroe, bello deber ser, materialismo, ser humano, sociedad, vulgocracia, ego.

SOUL OF A WARRIOR. BRIEF PRESENTATION AND FREE COMMENT ON *WILL II. COLLECTIVE WILL AND BEYOND THE HUMAN BEING*, BY MARTÍN LÓPEZ CORREDOIRA, ALICANTE, EAS, 2021.

Abstract: The identification and criticism of the many areas in which the decadence and perversion of westernized societies is appreciated today is an urgent and necessary task of philosophy. It always was, from its Greek origin, and today no less than ever. But the author, beyond brave and lucid criticism, proposes a philosophical solution to this decadence based on “the heroic force of the will”. To present this philosophical proposal and to discuss, only in a summary way, some of its most relevant aspects, this brief comment is dedicated. In addition to recommending as lively and sincerely the reading of this intelligent and audacious work.

¹ Alicante, EAS, 2021.



Keywords: Will, hero, beautiful ought to be, materialism, human being, society, vulgocracy, ego.

Recibido: 6 de julio de 2021

Aceptado: 6 de octubre de 2021

DOI 10.24310/NATyLIB.2021.vi15.12957

Reparemos en el título completo de la obra y, a continuación, en los títulos particulares de los volúmenes que la componen. Unidos trazan un boceto del itinerario general que el autor pretende cubrir. *Voluntad. La fuerza heroica que arrastra la vida*. Vol. I: *Voluntad individual*. Vol. II: *Voluntad colectiva y más allá del ser humano*. El autor recurre a un concepto clásico, de hondas resonancias filosóficas: Voluntad. Tal es la noción matriz, el concepto nuclear que atesora y encripta el mensaje filosófico del autor. ¿Qué entiende, no obstante, por Voluntad? El segundo miembro del título principal de la obra propone una primera aproximación: *La fuerza heroica que arrastra la vida*; se trata de una fuerza, pero no sólo física, o no estrictamente física, o no exclusivamente física; se trata de una fuerza que el autor califica de “heroica”, una fuerza a la que sorprendentemente le es atribuida una condición moral. ¿Por qué heroica? No es posible adivinarlo desde el título de la obra, pero ya adelanta el autor que se trata de una fuerza que “arrastra la vida”. Por tanto, no hablamos sólo de una fuerza material que produce vida, entre otros productos, sino que “heroicamente la arrastra”. Es decir, pareciera sugerir el autor, sirviéndose de ambos términos, *heroica* y *arrastra*, que la Voluntad realiza una acción contracorriente, una acción nacida de una carencia que necesita ser colmada, para lo que requiere superar grandes resistencias. Heroico sería ese afán pugnante de superación, de ir más allá, enfrentando grandes dificultades, y acaso, o en cierta medida, superarlas; héroe, quizá, quien lo lograra. La Voluntad, esa fuerza heroica, despierta y se activa tanto a nivel individual como colectivo, según reza, respectivamente, en los títulos particulares de sendos volúmenes: *Voluntad individual* y *Voluntad colectiva*. A mostrar, a poner de manifiesto los requerimientos de la Voluntad y sus objetivos desde el individuo humano, primero, y desde el colectivo humano, después, dedica el autor esta obra inteligente, provocadora, amena y apasionada. Son muchos más los adjetivos que le cuadran, pero basten de momento

los indicados, pues urge animar al lector a solicitar a su librero los dos gruesos tomos de *Voluntad* y disponerse a ser sometido a un régimen combinado de lectura y reflexión, de auténtica reflexión comprometida, del que no saldrá indemne. Ningún lector realmente comprometido con la verdad sale airoso del fascinante viaje filosófico que propone Martín López Corredoira (MLC). Como un Sócrates del siglo XXI, el autor asume el riesgo de correr suerte parecida, pues ha entendido, hasta un extremo yo diría de dolorosa lucidez, que con la verdad no se juega, que la verdad es algo tan serio y radical que los poderes encargados de vigilar y conducir al rebaño humano en nuestros días están dispuestos a emplear los métodos que hagan falta, sin renunciar a ninguno, para mantener la mentira, el abuso, la confusión gozosa en que las sociedades occidentalizadas, que son casi todas las del planeta, chapotean a cobijo de sus democracias sacralizadas y de sus inalienables derechos humanos. La disponibilidad del lector a dejarse zarandear por las casi mil páginas de esta obra es indicativo de su nivel de apertura intelectual y de auténtica libertad de pensamiento. Es también una prueba de resistencia: la resistencia del ego, ese renuevo que quien más quien menos tanto se ha empeñado en fortalecer y en blindar sirviéndose de las mil estrategias disponibles o al alcance. Si el ego es fuerte, sólido, bien guarnecido de reconocimientos y honores, la lectura de *Voluntad* le puede hacer sufrir, y casi con toda seguridad la irá postergando hasta abandonarla. Si el ego está resentido, es decir, si el lector no busca la verdad en serio sino solo la verdad que le consuele, aunque leyere hasta el final no sabría si asimilarse al consuelo de tontos que es el mal de muchos o ni siquiera admitiría que ese mal que tantos comparten lo sea en realidad. Libertad de pensamiento es para el autor no tanto pensamiento capaz de trascender sus condicionantes como pensamiento liberado de las trabas a que con indeseable frecuencia se ve sometido, esclavizado, encadenado: las demandas de un ego que sólo busca autoafirmarse por la vía del reconocimiento, del autobombo, del consumo y de la posesión. El ego tiende a “medrar”, es manipulador y falseador; es egoísta y busca desesperadamente el poder, o cualquier forma o sucedáneo que le proporcione la ficción de poseerlo, la ficción de dominio, incluido el dominio de sí, eso que se ha venido reclamando como libertad. Para el autor, ese concepto de libertad no es sólo

un malentendido, sino un obstáculo, y en ese sentido un peligro, sobre todo cuando el propio sujeto le otorga la condición de absoluta e intransferible para justificar su arbitrario capricho, ignorante de que precisamente a alimentar esa hipertrófica concepción de la libertad individual (espontánea, acrítica, caprichosa, arbitraria) está focalizada la acción de todas las formas en que se ejerce el poder, desde los medios de comunicación hasta los modelos de vida y de consumo. No es fácil deshacerse de él, del ego, y del poder, porque el ego, al buscar su enriquecimiento interioriza las formas de poder que sobre él se ejercen. De hecho, las instituciones, desde las educativas a las culturales, desde las sanitarias a las artísticas, o desde las políticas a las universitarias, entre tantas otras que instruyen el orden social, están concebidas en términos de jerarquías ególatras cuyo propósito no es otro que capitanear y someter masas seducidas por el señuelo de los derechos naturales a la propiedad y al consumo, a la educación y a la salud, derechos que conforman la horquilla en la que la masa cretinizada reconoce su inalienable, y falsa, libertad.

Pero la Voluntad ni es exclusiva de los seres humanos ni, consecuentemente, se limita a ellos. Es una fuerza previa y posterior al ser humano, aunque es en el ser humano, dada su complejidad superior, donde se hace consciente y puede ser *ejercida*. De su ejercicio dependerán el destino de los individuos concretos, de las sociedades humanas, de sus culturas y civilizaciones; y también de su ejercicio dependerá el modo en que se produzca el ocaso mismo de la humanidad, el tránsito hacia la no humanidad, que llegará. Todo cambia y todo llega a su final, según nuestro autor, todo se transforma según leyes materiales que no dependen de la acción humana; el ser humano, como sucede con cualquier producto de la dinámica material, también pasará, como la vida misma. Pero depende del ejercicio que haga —el ser humano— de la voluntad consciente que su tránsito individual por la vida material, como su tránsito en colectividad, se produzca de un modo menos burdo que el que la primitiva materialidad impone. Contra esa imposición se alza gallarda y retadora la Voluntad consciente en el ser humano, con el inútil afán de trascenderlo, de superar sus moldes materiales. No es posible superarlos, no es posible trascenderlos; el viaje es inútil, pero no se habrá vivido humanamente si no se busca, más allá del ciego y frío ser, “el bello deber ser”, en palabras del autor.

Sección Bibliográfica

¿En todos los seres humanos, en todas las colectividades humanas, y de la misma manera, se manifiesta la Voluntad? No. El autor, apoyado en un materialismo estricto, abordará de manera secuenciada y progresiva todos los flancos por los que el ser humano, aunque más específicamente el hombre occidental, el que se ha autotorgado la hegemonía antropocéntrica, sucumbe en su imposible aspiración autotrascendente a la vez que se autoengaña y se deja llevar como una mansa res, renunciando a su vida, a su complejidad, al “bello deber ser” que otorgase a su existencia, no sentido, como suele buscarse, como si existiera en sí mismo y pudiera hallarse, sino paz y verdad para diluirse al fin en la naturaleza que lo engendró.

* * *

Soy muy consciente de que no se escribe una reseña, ni se glosa una obra, para el autor, quero decir: para que sea leída por el autor ni valorada por él. Toda reseña es para el autor parcial, incompleta, inexacta, insuficiente; una vez leída, porque no será capaz de evitar hacerlo, el autor por un lado agradecerá el gesto, pero por otro se lamentará de la falta de perspicacia del lector, que a su juicio pasa por lo fundamental sin detectarlo, sin advertir el fondo de sus posiciones más originales y señaladas. Esto sucede por muchos motivos, pero quiero señalar uno que considero principal: nadie recorre el mismo itinerario mental que otro haya recorrido. Nadie realiza el mismo viaje filosófico, ni realiza la misma búsqueda, ni siquiera busca lo mismo. Las afinidades, las sintonías, los acercamientos, incluso los acuerdos son siempre más superficiales de lo que el entusiasmo por compartir intuiciones o hallazgos comunes parece suponer.

El autor se esmera en explicar muy bien lo que una y otra vez choca inevitablemente con la posibilidad de ser explicado de manera satisfactoria, como sería lograr un pleno encaje entre lo comprendido y lo expresado, y que ese contenido pudiera ser absorbido sin fisuras por el lector. Si eso fuera posible sobrarían cientos de páginas a cada volumen. El autor, en su afán por explicarse, podría haber escrito tres mil, seis mil páginas; en realidad la obra no tiene final, el último capítulo o el último epígrafe son arbitrarios, podrían haber sido otros, como a ellos podrían seguir otros más. Y sin embargo, ninguna página es ociosa en la obra que comentamos, ni carente de interés, ni mucho

meno anodina. Lo que pone de manifiesto unas cualidades en el autor que van más allá del contenido logrado, siendo este ciertamente de gran altura. Pero, como decía, la comprensión del autor no siempre es susceptible de ser explicada, ni siquiera por él mismo. El volumen II, que es el objeto de este comentario (ya lo sé, impreciso, incompleto, insuficiente), como también el volumen I, de lectura no menos necesaria y estimulante, son el resultado de un esfuerzo sobresaliente por explicar lo comprendido; un esfuerzo para el que el autor no ha escatimado recursos: expresivos, haciendo alarde de una prosa riquísima, muy bien medida, sonora, casi poética en muchos momentos; y bibliográficos, como evidencian las constantes citas, acertadas, inteligentes, de un plantel de autores variadísimo pero que tienen en común su condición de pensadores que al menos han evitado engañarse a sí mismos produciendo sus obras. O al menos han evitado la estéril autocomplacencia en el espejo deformante de la letra escrita. Martín es inflexible con los pensadores que no lo son, pero lo aparentan, embozados en sus cátedras o departamentos universitarios, cobijados en una complacencia pactada; con frecuencia sus acusaciones denotan hacia ellos un desprecio sin paliativos, a veces antipático para el lector. Pero no menor es el desprecio hacia el vulgo, actual sujeto de poder casi omnímodo, lo que llama “vulgocracia”, una institución opresora, engreída en su contumaz ignorancia, en el mal gusto, en la fuerza que ese materialismo atrofico le confiere. Contra la plebe, masa, vulgo, mayorías, democracias, igualitarismos sectarios..., contra todo lo que consagra la ignorancia automplaciente y demandante de voz y voto, el autor no evita oportunidad de manifestar su más enconado desprecio, un desprecio insobornable al edulcoramiento, a ninguna forma de comprensiva compasión. Es uno de los aspectos más destacables de la obra, la crítica a la que somete tanto a personalidades de todo tipo, desde investigadores con reconocimiento universal, como premios Nobel, hasta grupos de poder, movimientos sociales, ideologías, filosofías, artistas, corrientes artísticas... sin temblarle ni la voz ni la pluma, como investido de una seguridad infalible. A veces sobrecogedora. Hay que tener cuidado, me permito advertir al autor, porque la arrogancia que a veces acompaña a la seguridad, cuando ésta no está del todo garantizada, puede dar de quien así se expresa la imagen de un visionario, o sea de alguien que roza

Sección Bibliográfica

las fronteras de la locura. Digo que pudiera dar esa imagen, tan nietzscheana; pero el lector afin, el que reconoce pensamientos propios entre desacuerdos compartidos, sabe quién le habla y por qué así se manifiesta... A ellos, quizá, dirige MLC su obra.

* * *

Llegados a este punto, manifiesto mi renuncia a explicar lo que ya el autor explica con la solvencia que le otorga su fe y la seguridad en su verdad. No renuncio, sin embargo, a discutir y a comentar lo que me parezca, lo que me haya parecido más afin a mi propio pensamiento, así como aquello sobre lo que pueda disentir. Pero eso necesita más tiempo y espacio del disponible en este momento. Es interesante comprobar, no obstante, cómo se puede estar muy de acuerdo en prácticamente todo, pero visto desde otra posición de base o de principio. A qué se deban estas diferencias en las posiciones de partida es algo que siempre me ha hecho pensar, pues pareciera responder a diferencias originales en la cartografía cerebro-neural. No pretendo, por tanto, que el lector de este breve artículo sobre la obra de Martín López Corredoira *sepa* que dice el volumen II de su *Voluntad*, no pretendo aportarle un conocimiento de su pensamiento de segunda mano, quintaesenciado en tres o cuatro páginas amables. En absoluto. Todo lo contrario: proclamo la existencia de *Voluntad*, pondero el acontecimiento de su aparición en el panorama filosófico nacional, y conmino a quien ojeara esta sección de nuestra revista a leer con atención la obra de Martín López Corredoira; le auguro horas de gozosa e intensa reflexión. Quisiera, también, que estas páginas sirvieran para que el lector calibre hasta qué punto su viaje o su búsqueda filosófica recorre territorios afines a los de MLC e incluso a los míos propios, pues sólo desde esta cercanía nos será posible entrar en comunicación los lectores con el autor. Si algo tengo que decir, y lo proclamo sin ambages, es que *Voluntad I y II* son lecturas necesarias en los tiempos que vivimos. No voy a equiparar su obra a otras, ni a compararlas. Digo, simplemente, que cualquier pensador actual debería ser capaz de escribir su propia obra como MLC ha escrito la suya, con la misma valentía, con la misma irreverente seguridad, con el mismo lúcido e ilustrado desparpajo; también, por qué no, con la misma adolescente pasión. Pasión, determinación, valentía, compromiso, obcecado esfuerzo, inteligencia, sólida

Sección Bibliográfica

formación, elegancia, calculada o moderada procacidad... son algunos de los ingredientes con que está compuesta esta obra sorprendente por su calidad y su calado, pero también, y muy señaladamente, por su sinceridad. No es habitual encontrar sinceridad en las obras actuales, más bien lo que de valioso tienen suele quedar velado por el interés curricular o dinerario, lo que siempre obliga a moderarlo todo, cuando no es la misma inteligencia del autor la que es bastante moderada. Estoy pensando en tanto gato por liebre que ocupa la primera línea de los escaparates y las portadas de tantos suplementos culturales, lo que me hace pensar precisamente en el carácter suplementario que en la actualidad tiene la cultura, completamente desvirtuada y convertida en artículo de consumo, que no es otra cosa que un instrumento de adoctrinamiento masivo. Sobre todo esto, el autor reflexiona largamente durante todo el volumen II, pues la colectividad humana goza de una precaria capacidad para ejercer su voluntad con la fuerza necesaria que la elevara sobre el gregarismo animal, sobre la condición casi indeclinable de rebaño, a cuyo mantenimiento contribuyen la superstición y la ignorancia, ahora travestidas de cultura e incluso de títulos universitarios.

* * *

Materialismo radical había dicho más arriba que es la posición de partida. Esto significa carencia de sentido de todo cuanto existe, y consecuentemente carencia de propósito o finalidad. La complejidad creciente en el proceso imparable de transformación de la materia y en la evolución de esas formas de organización material que son los organismos vivos no es contradictoria con esa carencia radical de sentido y de propósito, con esa carencia radical de inteligencia en los procesos naturales, a juicio del autor. Esto conduce a MLC a asumir dos certezas irrenunciables, una de carácter metafísico, mal que le pese, otra de carácter epistemológico o gnoseológico. Metafísicamente sólo hay materia; la tesis es metafísica precisamente porque gnoseológicamente está vetada toda justificación de su existencia. Esto no le gustará a MLC, pero su posición de partida es de carácter metafísico, y opera como un postulado cuya verdad es apodíctica: lógicamente concluyente, sin posibilidad de refutación. A esa irrefutabilidad del postulado de partida contribuye la confianza que el

autor hace pasar por verdad conquistada, irreversible e indiscutible: el conocimiento científico, asistido por la razón y su variante lógica-matemática. El autor no duda de que el único conocimiento meredor de tal consideración es el conocimiento científico, con sus quebrantos, sus revoluciones, sus inconsistencias, incluso sus errores, que siempre serán subsanados o podrían serlo en el curso ilimitado e imparabable de la investigación. Diríase que en el límite la totalidad de lo real se abriría a la inteligencia humana por la vía de la ciencia. Esto no convierte al autor en un fan del progreso, tal y como el burdo materialismo actual lo entiende. Al contrario. MLC es muy partidario de la contención en la hípertecnificación, y consiguiente falseamiento, de la vida en las comunidades humanas, por tanto partidario quizá de una reorientación de la investigación científica hacia lo que considera auténticas demandas de la voluntad consciente, como es la comprensión del mundo o del universo en términos científicos, o la comprensión de la vida en cualquiera de sus formas, más allá del interés sanitario o productivo, más allá del interés político, de poder, o dinerario. En el capítulo 5, titulado Política, el autor expone su utopía; y anteriormente, en el capítulo 4, titulado La industria cultural, ya destapa el pastel que se reparten todos los grandes líderes del mundo actual entre los que destaca a los científicos de cátedra y despacho, o al servicio de grandes compañías privadas, a los que acusa de estar al servicio de intereses plebeyos, intereses al servicio de una boyante industria inevitablemente adscrita al poder. Pero esto no obsta para que la confianza en el conocimiento científico de un científico profesional, como es el caso del autor, sea total dentro de los límites del método y de las posibilidades de la razón. El autor, por tanto, es cualquier cosa menos escéptico, en coherencia con su materialismo, ontológico y epistemológico. Hay materia y puede ser conocida en cierto modo, pero lo que de ella se conozca será como realmente es en sí misma. ¿Qué no es posible conocer?, cabe preguntar al autor. La misma justificación de su existencia, responde. ¿Por qué el ser y no la nada?, la pregunta de Heidegger, es tomada por MLC como una pregunta estúpida, insidiosa, intrascendente, a pesar de su aparente profundidad; es el espejismo de profundidad que padecen los metafísicos, según MLC. Pero la ciencia no aporta nada sin otros saberes, o sin otras sensibilidades intelectuales, de carácter estético y, en definitiva,

moral. Filosofía, literatura, poesía, artes plásticas, música... son necesarias como instrumentos educadores de la sensibilidad y de la inteligencia, afiladores de la razón crítica, fortalecedores de la Voluntad. El conocimiento ha de servirnos para vivir una vida que desde nuestra inteligencia consciente demanda un deber ser, y a su conquista despierta la Voluntad. Es necesario atreverse a escuchar esa demanda y a obedecerla. Si heroica es la Voluntad que aspira a trascender lo intrascendente, a través del arte, de la belleza, del disfrute existencial, de la entrega comunitaria, del sacrificio del ego insolidario y ambicioso, héroe es el sujeto individual que ejerciendo su voluntad planta cara a toda la superchería que lo esclaviza, que lo entonetece, que educa lo peor de cada individuo. Muy oportunamente, el autor reconoce la parte de vulgo que él lleva incorporada inevitablemente, y cómo lucha por matenerla a raya, o por extirparla, si fuera posible. La vida retirada, el encuentro fusión con la naturaleza, la sencillez de los gustos propia de mentes complejas, realmente complejas, no acomplejadas y egocentradas, son orientaciones para la vida heroica, para la vida auténticamente humana, a juicio de MLC.

Como todos los materialistas pasa el autor olímpicamente, o sea por todo lo alto, sobre el hecho mismo de la complejidad, aunque en ella fía su mística materialista, en una conciencia que se niega a considerar rasgo diferencial sino mera expresión de un grado superior de complejidad. Ya pasó por alto sobre el hecho de la existencia de la materia: existe porque sí, no hay justificación a su existencia, como apunté más arriba, sin entrar en esa cuestión, capital para mí. Bien, pues tampoco parece, a juicio del autor, ser propio de una recta inteligencia esto de arrojarse ante la complejidad hasta poner en duda, siquiera por una hora, el credo materialista, cuando lo único que lo sustenta es la renuncia categórica, tan arbitraria como lo contrario, a aceptar la existencia original de algo que no sea material. Para el materialista, para nuestro autor, esto de la complejidad ni lo es tanto ni es para tanto, pues los mecanismos que la evolución material ha provocado son imprecisos, chapuceros, torpes o ciegos. No hay que deslumbrarse con el funcionamiento celular, ni con los mecanismos de la herencia, ni con el metabolismo, ni con el sistema nervioso, ni con la conciencia humana, ni con la fisiología vegetal... La complejidad no procede más que de la ciega evolución material, quizá efecto de una Voluntad

de ser de la materia, una Voluntad de afirmación irrefrenable e irracional. No sé. Léase el capítulo 7, La Naturaleza y su deber ser. A ver qué opina el lector. En cualquier caso, nada del mejor de los mundos posibles; sino uno entre los muchos posibles y en ningún caso el mejor, sino bastante mediocre. O sea, complejidad de la materia, del universo, de la vida, de las especies vivas y del ser humano, pero complejidad accidental, mejorable quizá por el propio ser humano, en un próximo mañana. A mi juicio, esta forma de despachar el problema de la complejidad y de la certeza en el conocimiento, fiada exclusivamente a la lógica de la razón y a las bondades de la investigación científica, constituye la faceta más débil de la propuesta filosófica y científica del autor. En realidad, su propuesta es más liberadora y comprensiva que epistemológica. Su alma es la de un guerrero, alguien que renuncia a someterse a la mediocridad dominante y se rebela contra ella, contra la mediocridad que ejerce un dominio asfixiante sobre cualquier espíritu elevado, aun sabiendo que esa elevación es un ansia imposible de superación de la materialidad, del sinsentido original y constitutivo de todo. De dónde nazca esa resistencia que obliga a luchar o a morir, o a ambas posibilidades, MLC lo atribuye a la Voluntad, en un sentido cercano, muy cercano, a como la entendieron Schopenhauer o Nietzsche, en cualquier caso en términos metafísicos, porque de ella solo se aprecian sus frutos, como fuerza real es inasible e inexpresable, incognoscible, en definitiva. Arte y alegría son respuestas combativas al trágico espectáculo, no ya de la existencia, sino de la vulgaridad; insobornable lucidez, aunque doliente, para detectar el mal y el bien, incluido el mal del bien y el bien del mal (capítulo 8), pero sobre todo para vivir la vida heroica que reclama nuestra condición consciente de su miseria originaria, de su carencia de ser espiritual. En las propuestas humanizadoras de MLC caben la alegría y el dolor, como el bien y el mal, que sin existencia real más allá de la combinatoria material, ciega y ajena a cualquier sentido, operan a modo de demarcaciones relativas entre la vida individual y la colectiva, entre el ego y el resto de la naturaleza. La confusión entre el bien y el mal es la expresión del desorden en que la humanidad ha caído por mor de una antropomorfización que ha conducido al abuso de la naturaleza y con ello al olvido de lo que somos: nada. A la absolutización de los egos individuales frente a la nada que

Sección Bibliográfica

somos, huyendo de ella, debemos el estado de confusión y decadencia en que el ser humano ha caído y del que parece no estar dispuesto a salir, incapaz de aceptar su no-ser. La aceptación del no-ser es la condición necesaria para la rebelión heroica que promueve la Voluntad: un esfuerzo por deshacerse del ego sediento de reconocimiento, cuya ausencia o minimización hace aflorar una belleza nueva, a cuya contemplación gozosa aspira el místico materialista.

¡Qué belleza en el retiro, lejos del mundo! Allá en las montañas donde el aire es frío pero limpio, donde olvidas a los demás y ellos te olvidan a ti; donde el ego se abate y se acrecienta el espíritu, donde no nos estorban las malas hierbas hambrientas de reconocimiento y poder. Animalillos hay en el bosque, sí, mas ¿qué son estos en comparación con la perversidad del hombre?

* * *

Lejos de la turba, nuestra voluntad de poder sólo será voluntad sobre nosotros mismos, temple de nuestro espíritu, lucha por el autodomínio. ¡Oh, bello el día en que vea el Sol ponerse y pueda decir `hoy no me he encontrado con ningún gusano vanidoso intentando subirme por las piernas'! Muerte al *ego*, disuélvete. Sube, águila, fúndete con el aire frío de las alturas. Muere, apaga tu ego, turbio huésped de la tierra oscura.

* * *

¿Mas cómo he de saciar mi propia sed de status, sed de dominio, sed de mal? Mi vanidad, ¿ante quién ha de lucirse si no tengo espectadores a los que apabullar? Escribo, sí, escribo un libro, pero ¿quién lo ha de leer si me encierro en las montañas? Impresionar quisiera a la bella muchacha, y seducirla para morder sus pechos mientras ella gime. El erotismo del poder, la erótica del mal no vive en corazones solitarios, necesita la compañía, necesita a la sociedad que aplauda nuestra vanidad de individuos. Y bien actúa quien ruge vanidoso sabiendo por qué ruge, pues `quien niega la vanidad en sí mismo, suele poseerla en forma tan brutal que instintivamente cierra los ojos ante ella para no tener que despreciarse (Nietzsche, *Humano, demasiado humano*)” (MLC, *Voluntad II*, p. 378).

* * *

“Pocos me leerán, seré olvidado. Esta obra morirá también, quizá en algún cajón, quizá en alguna página *web* poco visitada. ¿Qué importa ya? (MLC, *Voluntad II*, p. 379).

Sección Bibliográfica

Valentía y sinceridad, quizá los dos valores personales que nuestro autor insufla a su obra, que tiene, como puede apreciar el lector, la fuerza salvaje y niña de los auténticamente grandes. Soberbia y humildad, los dos rostros del mismo guerrero que busca incansable la Arcadia de un mal mejor.

José Domingo Vilaplana
jdomingov@hotmail.com